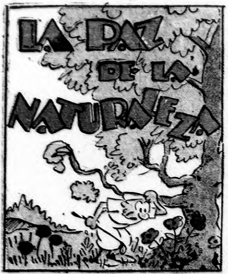


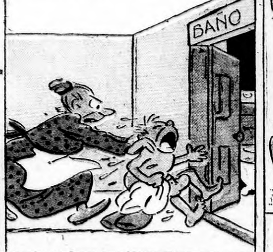


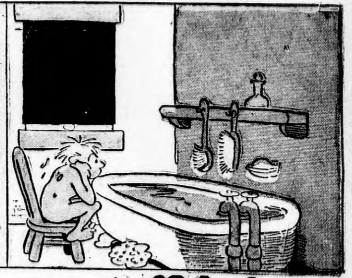
COLOR PARA NIÑOS





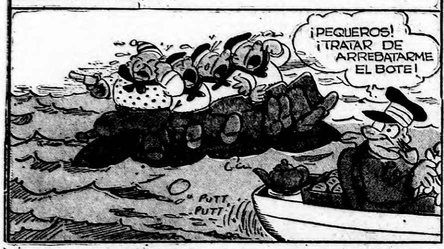






LOS CEBOLLITAS Y EL CAPITAN

por Dirks



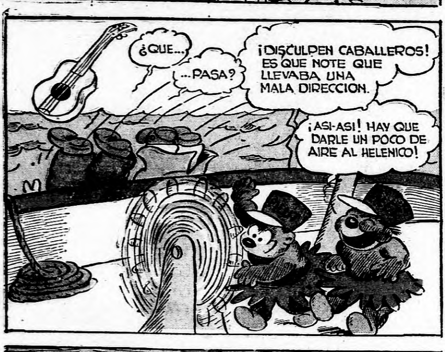






















La HISTORIA de SINUÉ

EL príncipe y el conde, el administrador de los dominios del rey en los países asiáticos, el verdadero conocido del rey, a quien el rey ama, el cortesano Sinué, dice: "Yo era el que seguía a su señor y el servidor de la princesa en el harén del rey, de la muy favorecida esposa del rey Sesostris, hija del rey Amenemet, Nefru, la muy honrada.

El año 30, el día noveno del tercer mes de la inundación, entró el rey en su horizonte, el rey Amenemet se lanzó al cielo, se unió con el sol y su cuerpo divino quedó absorto en Aquel que lo había creado. Reinaba el silencio en el palacio. Los corazones estaban llenos de duelo. Las dos grandes puertas permanecían cerradas. Los cortesanos estaban en cuclillas, con la cabeza sobre las rodillas. El pueblo se lamentaba amargamente.

Su Majestad había enviado un ejército al país de los Temehu (1). Era jefe del ejército su hijo primogénito, el buen dios Sesostris, quien ahora volvía con muchos prisioneros hechos a los Tehenu (2) e incontables rebaños de ganado.

Los gentilhombres de la corte mandaron emisarios hacia el lado occidental (del Delta) para comunicarle al hijo del rey lo ocurrido en palacio. Los emisarios lo encontraron por el camino, alcanzándole a la noche. No vaciló, y el halcón (el nuevo rey Sesostris I) voló con su séquito sin decir nada a su ejército. Pero se habían mandado también emisarios a los otros hijos del rey, que le acompañaban en el ejército, y se llamó a uno de ellos para que nada dijese. Yo estaba allí, no lejos, y oí su voz cuando habló.

Llenóse de confusión mi corazón. Cayeron mis brazos, se estremecieron todos mis miembros. Me separé y me fuí en busca de un escondrijo. Me senté entre dos matas para apartarme del camino.

HACIA EL SUR

Caminé hacia el Sur; pero no me atreví a volver a palacio, pues imaginaba que estallaría la guerra y perdería la vida en las luchas que iban a seguir. Atravesé las aguas del Maatige, no lejos del sitio llamado del Sicomoro. Llegué a la isla Snefru y descansé allí en el campo. Rompí la marcha temprano. Encontré a un hombre que mostró miedo de mí. Al tiempo de la cena me aproximé a la ciudad del Toro, atravesé el agua en una barca sin timón, gracias al viento del Oeste que soplaba, y pasé al Este de las canteras, en la comarca de la "Señora de la Montaña roja". Luego encaminé mis pies hacia el Norte, hasta llegar a los beduínos, y me mantuve agazapado en una espesura, de miedo a que me viese el centinela de la muralla que estaba de servicio.

A la noche proseguí mi camino, y al romper el día, llegué a Peten y descansé en la isla Kember. Allí me aconteció que me vi acometido de sed. Me sentí desfallecer, ardía mi garganta y dije: "Este es el sabor de la muerte". Pero en esto se alivió mi corazón y concentré mis miembros, pues había oído los mugidos de un rebaño y veía acercarse a los beduínos. El jeque de los beduínos, que había estado en Egipto, me reconoció, me dió agua, mandó cocer la leche para mí y yo me fuí con él a su tribu, donde me trataron bien.

Pasé de comarca en comarca. Salí de Byblos y fuí a dar a Kedemi, donde estuve medio año. Nenschi, el hijo de Amu, el príncipe del Retenu superior, me dijo: "Estarás bien aquí, porque oirás hablar egipcio". Dijo esto, pues sabía cuál era mi valor y había oído hablar de mi talento. Algunos egipcios que vivían en su corte le habían informado de mí.

CON ASTUCIA

He aquí que me dijo: "¿Por qué has venido a parar aquí? ¿Es que ha ocurrido algo en el palacio?". Yo le respondí: "Sehetep-ib-re (3) ha hecho el viaje al horizonte y luego no se sabe lo qué ha acontecido". Y proseguí diciendo falsamente y con astucia: "Al regresar de la expedición al país de Temehu, se me anunció la novedad, y mi corazón tembló. Mi corazón se me salía del pecho y me transportó por los caminos del desierto. Sin embargo, nadie había hablado de mí ni me había escupido. No escuché ninguna murmuración ni oí mi nombre en boca del heraldo. No sé lo que me ha traído a este país. Fué algo así como un designio de Dios". A esto replicó él: "¿Cómo vivirá sin él el país de Egipto, sin ese dios excelente, cuyo terror se extendía por todos los pueblos como Sechmet (la terrible diosa con la cabeza de león) en un año de pestes?". Pero yo le hablé, respondiéndole: "Su hijo ha entrado en el palacio y ha recogido la herencia de su padre. Es el dios sin segundo, al que nadie aventaja, maestro de sabiduría, prudente en los designios, acertado en los decretos. Bajo sus órdenes, todos van y vienen. El era quien conquistaba las tierras extranjeras, mientras su padre descansaba en el interior del palacio. El anunciaba a su padre el cumplimiento de los encargos recibidos.

Es el fuerte que labora con su
(brazo
campeón sin segundo.
Todos le miran cuando acomete
(al enemigo,
cuando acomete a los guerreros.
Rompe el cuerno del toro ene-
(migo y paraliza sus manos,
y los enemigos no pueden man-
(tener ante él sus líneas.
Enfría el valor del adversario y
(rompe los frentes,
y nadie permanece en su proxi-
(midad.
Es el rápido corredor persi-
(guiendo al fugitivo;
no hay salvación para los que le
(vuelven la espalda.
Es el corazón firme que resiste
(los choques,
pone en fuga a los otros y no
(vuelve nunca la espalda.
La multitud del enemigo redo-
(bla su valor,
y sólo la victoria puede calmarle.
Acomete animoso a las tropas
(orientales,
y su gozo consiste en hacer pri-
(sioneros a los enemigos.
Embraza su escudo y aplasta al
(adversario,
y no necesita nunca redoblar el
(golpe para matar.
Nadie es capaz de desviar su fle-
(cha,
ni hay quien pueda tender su
(arco.
Los bárbaros huyen ante él des-
(pavoridos.
como ante una fuerza divina.
En el combate no sabe detenerse
y pelea hasta que nada queda
(del adversario.
Es el muy amado, el lleno de
(dulzura,
y a muchos ha conquistado por
(el amor.
Le ama su ciudad más que a sí
(propia,
y se regocija en él más que en
(Dios mismo.
Hombres y mujeres al pasar
le aclaman jubilosos.
Es el rey que ya en el vientre
(de su madre ha conquistado;
desde su nacimiento es suya la
(victoria.
Es el que ha hecho multiplicarse
(a sus súbditos.
Dios lo ha dado a su tierra para
(regocijo.
¡Cómo se regocija el país que él
(gobierna!
El es quien dilata sus fronteras.
Conquistará las tierras del Sur,
y aún no piensa en los países del
(Norte.
Ha sido creado para vencer a los
(beduínos
y para destrozar a los pueblos
(del desierto.

DICHOSO EGIPTO

Envíale noticias tuyas; haz que sepa tu nombre y no ofendas a Su Majestad con ninguna palabra. Todas son venturas para los países que se le someten".

El me respondió: "¡Dichoso Egipto, gobernado por príncipe tan grande! En cuanto a tí, quédate conmigo y te haré bien".

Me puso a la cabeza de sus hijos y me casó con su hija mayor, y me permitió escoger de su territorio lo más selecto que poseía en la frontera de otro país vecino. Era una tierra excelente y se llamaba Yaa. Hay en ella higos y viñedos y más vino que agua; es rica en miel y sus árboles dan mucha aceituna y frutos de todas especies. Hay también avena y ganados innumerables. Fué también el príncipe pródigo en dones conmigo, y me hizo jefe de una de las mejores tribus de su país. Tuve pan para mi comida ordinaria, y vino como bebida, y carne guisada y pájaros asados, aparte de la caza del desierto. Cazaban para mí, sin contar lo que me traían mis propios perros. Me daban muchos pasteles y leche en diversos condimentos.

Pasé allí numerosos años. Mis hijos se hicieron fuertes y cada uno de ellos dominó en su tribu. Los mensajeros que caminaban hacia el Norte o iban al Sur, hacia Egipto, se hospedaban en mi casa, pues yo practicaba la hospitalidad con todo el mundo, dando de beber al sediento, enseñándole el camino al extraviado y salvando al que había sido robado. Cuando los beduínos en su arrogancia resistían a los príncipes del país, era yo el encargado de dirigir las guerras. El príncipe de Retenu decidió que fuera durante varios años el general de su ejército. Ante mi acometida, cuantos países atacaban, perdían sus pastos y sus pozos. Cogía su ganado, me apoderaba de sus esclavos y provisiones y mataba a los hombres. Vencía con mi brazo y mi arco, con mis marchas y mis planes bien combinados. Gané el corazón de mi príncipe, quien me amó por mi valor, y al ver la firmeza de mi brazo me puso a la cabeza de sus hijos.

EL RETO

Llegó en esto un hombre fuerte de Retenu, quien me retó en mi tienda. Era un héroe sin igual que había vencido a todos los de Retenu. Dijo que venía a luchar conmigo. Se proponía despojarme y quitarme mis rebaños a instigación de su tribu. El príncipe deliberó conmigo, y yo dije: "No le conozco; no soy un aliado suyo que entre y salga en su tienda. ¿He abierto alguna vez su tienda o derribado su muralla? Es sólo envidia, porque ve que cumplo tus encargos. Yo soy como un toro en medio de sus vacas cuando le acomete un novillo forastero. Yo soy un forastero que no es amado, como no sería amado un beduíno en el Delta. Pero si él es un toro batallador y ama la lucha, yo soy también un toro de pelea y no me asusta medirme con él. Si su corazón ansía la lucha, que diga lo qué desea. ¿Es que Dios ignora lo que ha determinado?..."

A la noche compuse mi arco, afilé mis flechas, saqué mi puñal y arreglé mis armas. Por la mañana temprano todo Retenu acudió. Había venido la mitad del país. Había reunido sus tribus pensando en esta lucha. Todos los corazones palpitaban por mí; las mujeres de los hombres hablaban excitadas y todos me tenían simpatía. Decían así: "¿Hay otro fuerte que pueda luchar con él?".

Apareció con su escudo, su hacha y un brazo de venablos. Pero cuando fué a usar de sus armas, resultó que sus flechas pasaban a mi lado sin tocarme; y cuando estábamos el uno cerca del otro, me acometió; yo disparé sobre él, y mi flecha se clavó en su nuca. Dió un grito y cayó sobre su nariz. Yo le acabé con mi hacha. Lancé mi grito de victoria sobre sus espaldas, y todos los asiáticos celebraron mi triunfo. Le di gracias al dios de la guerra, Month, y los partidarios del vencido comenzaron a llorarlo. El príncipe Neneschi, hijo de Amu, me estrechó en sus brazos.

Y ocurrió que me llevé los bienes del vencido y sus rebaños. Lo que él pensaba hacerme se lo hice yo. Cogí cuanto había en su tienda y entregué al pillaje su campamento. Con esto me engrandecí, aumentaron mis tesoros y se enriquecieron mis rebaños.

Y LA FEROZ LUCHA tuvo lugar delante de todas las tribus, siendo vencido el hombre que llegó de Retenú, considerado invencible

LLENO DE JUBILO

Y esta gracia se la concedió Dios a aquel a quien se reprochaba haber pecado contra él, huyendo a tierra extranjera. Hoy su corazón está lleno de nuevo júbilo:

Un tiempo huyó el fugitivo...
Hoy se sabe de mí en el palacio.
Un tiempo me deslizaba muerto
(de hambre...
Ahora les doy pan a mis vecinos.
Un tiempo un hombre dejó, des-
(nudo, su país..
Hoy me visto con ropa de fino
(lienzo.
Un tiempo corrió un hombre que
(de nadie disponía..
Hoy tengo multitud de siervos.
Mi casa es bella y amplios mis
(dominios.
Y en el palacio de Egipto, se
(acuerdan de mí,

¡Oh, Dios, quienquiera que seas, que me has predestinado antaño para aquella huida! ¡Hazme merced y vuélveme al palacio de Egipto! ¡Concédeme que vuelva a ver el lugar en que mi corazón reposa! ¡Qué mayor dicha que la de que mi cadáver descansase en la tierra en que he nacido! ¡Ven en mi ayuda para que me sea concedida esa gracia, para que el Dios me dé su paz! Que el Dios me dé su gracia y me prepare un buen fin, a pesar de haberlo ofendido. Tenga el Dios piedad del que se ha visto forzado a vivir en tierra extranjera. Si el Dios está apaciguado, que se digne escuchar mis plegarias lejanas.

Que me sea favorable el rey de Egipto, para vivir de su gracia, para ejecutar en su palacio los deseos de la reina y escuchar las órdenes de sus hijos.

Que se rejuvenezca mi cuerpo, pues he llegado a la vejez y le ha alcanzado el mal. Mis ojos se han hechos pesados, penden mis brazos, mis pies se niegan a seguir mis deseos. Mi corazón está ya cansado y la muerte se acerca a mí. Que me conduzcan a las ciudades de la eternidad. Quiero seguir a la dueña y señora de Todo. ¡Ojalá mi señora quiera referirme las bellezas de sus hijos y concederme la eternidad de la tumba!

REGIOS REGALOS

Se habló a la Majestad del rey Cheper-ka-re (4) sobre la situación en que me encontraba, y Su Majestad se dignó enviarme regalos regios para que se alegrase el servidor, como los que envía a los príncipes de otro país; y sus hijos me escribieron también.

Copia del decreto enviado al servidor a propósito de su vuelta a Egipto: "Horus, vida de los nacimientos, señor de las diademas, rey de los nacimientos, señor del Alto y Bajo Egipto, Cheper-ka-re, hijo del Sol, Sesostris que vive por siempre y eternamente.

Orden del rey al servidor Sinué. He aquí que se te envía esta orden del rey para que sepas lo siguiente: Has recorrido los países extranjeros, desde Kedemi a Retenu. De un país te has pasado al otro siguiendo los consejos de tu propio corazón. ¿Qué has hecho para que se te pueda hacer algo? No has maldecido de modo que hubiera que oponerse a tus palabras, ni has suscitado tampoco contradicción en la deliberación de los consejeros. Sólo aquel pensamiento te ha hecho marcharte. La reina, tu cielo que en el palacio vive, allí sigue y prospera y comparte el gobierno del país, y sus hijos están en la parte reservada del palacio. Vivirás de los regalos que te den cuando estés en palacio. Ven a Egipto para que veas el palacio en que has crecido, para que beses prosternado la tierra ante las dos puertas y puedas mezclarte entre los cortesanos.

A LA ETERNIDAD

No has comenzado a envejecer, has perdido tu potencia viril y has pensado en el día del embalsamiento en que seas conducido a la eterna buenaventuranza. Te será consagrada una noche con aceite de cedro, y las manos de Tait (la diosa del tejer) te colocarán las cintas. Se hará tu comitiva el día del entierro; tu envoltura de momia será de oro, la cabeza de lapislázuli, y habrá sobre ti un baldaquino. Serás puesto en el sarcófago, tirarán de ti unos bueyes, te precederán cantores, se ejecutarán las danzas rituales, a la puerta de tu sepultura se recitarán las invocaciones de sacrificio y se matarán para ti víctimas. Las pilastras de tu sepulcro serán de piedras blancas y estarán en el recinto de los sepulcros de los hijos del rey. No morirás en tierra extranjera, no te enterrarán los asiáticos ni serás metido en una piel de carnero. Cuida, pues, de tu cadáver y ven".

EL DECRETO

Este decreto llegó a mí, estando en medio de mi tribu. Cuando me lo hubieron leído, me tendí sobre el vientre, toqué el polvo y lo puse sobre mis cabellos. Corrí alegre por mi campo, exclamando jubiloso: "¿Cómo es posible que semejante gracia se otorgue a un servidor a quien el corazón ha inducido a marcharse a tierras extranjeras? ¡Qué buena cosa es la compasión que me libra de la muerte! Tu Ka (5) va a permitir que acabe mi vida en la corte".

Copia del acuse de recibo de este escrito:

"El servidor del palacio, Sinué, dice: ¡En la más bella de las paces! La huída que este tu servidor emprendió inconscientemente, es conocida de tu Ka, oh buen dios, oh señor de los dos países, amado de Re y ensalzado por Month de Tebas, Amón de Karnak, Sobk, Re, Horus, Hathor, Atum con sus nueve dioses, SopduNeferbau-Semseru, el Horus oriental, la Señora de Buto que se ha ceñido a tu cabeza (la serpiente o diadema real), los funcionarios de la inundación, Min-Horus, que reside en las comarcas extranjeras, la Wereret de Punt, Nut, Harueris-Re, los dioses de Egipto y de las islas del mar—¡que todos éstos den vida a tu nariz, te recuerden en sus dones, te den la eternidad sin límites y el tiempo eterno sin fin!

Del temor que inspiras se habla en los países de Egipto y en las comarcas extranjeras. Has domeñado cuanto abarca el sol en su carrera. Este ruego del servidor va dirigido a su señor, al que salva del reino de los muertos, al señor de la sabiduría, que conoce a los hombres y ha adivinado mis deseos. El servidor temía decirlo, pues era cosa grave de referir; pero el gran dios que iguala a Re, le ha infundido cordura para hablar contigo. Tu Majestad es el Horus vencedor, y tus brazos son fuertes contra todos los países.

Ahora le ruego a Tu Majestad que ordene que se traiga a Meki de Kedemi, a Chentiu-Iausch de Chen-Keschu, y a Menus del país de los Fenechu. Son todos ellos príncipes que te aman y testigos de mis hechos; no necesito mencionar a Retenu; es tuyo como los son tus perros.

SIN INTENCION

La fuga realizada por tu servidor no fué intencionada; no estaba en mi corazón y no la premedité. No sé lo que me arrancó de donde estaba. Fué como un sueño, como si un hombre del Delta se viese de pronto en Elefantina, o un hombre de los pantanos en Nubia. Nada tenía que temer; no se me perseguía, no había oído nada malo de mí, ni mi nombre andaba en lenguas de las gentes. Ocurrió que se estremeció mi cuerpo, se impacientaron mis pies, me guió mi corazón y el dios que me predestinó a esta fuga me arrastró. No he huído por obstinación, y el que conoce su país siente el temor, porque Re ha extendido el temor de ti en el país y el espanto en todas las comarcas extranjeras. Esté en el palacio o esté en este lugar, tú eres quien puede oscurecer mi horizonte; el sol sale obedeciendo a tu mandato, se bebe el agua del río cuando tú quieres y se respira el aire del cielo cuando tú lo dices.

Este servidor dejará las funciones que ha tenido en este lugar.

EN HORUS

Tu Majestad hará lo que le plazca, pues vivimos del aire que tú nos das. Re, Horus y Hathor prefieran tu nariz augusta, para que viva eternamente, según el deseo de Month de Tebas".

Me estuve aún un día en Yaa; les dí a mis hijos todos mis bienes; mi hijo mayor quedó al cargo de mi tribu y recibió todo mi patrimonio, mis siervos, mis rebaños, mis frutos y mis palmeras.

El servidor que habla se encaminó hacia el Sur e hizo alto en los cruces de Horus. (6). El general que mandaba las tropas de la frontera envió un emisario al palacio para comunicar mi llegada. Su Majestad envió un excelente director de los campesinos de la casa del rey con barcos llenos de regalos regios para los beduínos que me habían seguido y acompañado hasta los cruces de Horus. Los presenté, llamando a cada cual por su nombre.

LA TRAVESIA

Los cocineros se pusieron a su tarea, y yo levanté velas y emprendí la travesía. Los artesanos iban trabajando, amasando y guisando hasta que llegué a la "Conquistadora de los dos países" (la capital de entonces). Al amanecer el día, a la mañana siguiente, vinieron a llamarme, y diez hombres me llevaron al palacio.

Toqué el suelo con la frente entre las esfinges, y en la puerta me esperaban los hijos del rey, y los gentilhombres que introducen en el salón, me llevaron a la gran sala. Allí estaba Su Majestad, en el gran trono de la puerta dorada; me arrojé sobre el vientre, perdiendo todo conocimiento, aunque el dios me saludó afablemente. Era como uno que es arrastrado en la obscuridad; desfalleció mi alma tembló mi cuerpo, mi corazón me abandonó y no sabía si estaba vivo o muerto.

Entonces, Su Majestad le dijo a uno de los cortesanos: "Levántale y que hable". Su Majestad dijo: "He aquí que has vuelto después de haber recorrido los países extranjeros. La edad se ha apoderado de ti y has alcanzado la vejez; no es poco que tu cadáver sea enterrado y que no lo sepulten los bárbaros. No guardes silencio, habla; te he autorizado para hablar".

A TUS PLANTAS

Respondí como un hombre temeroso: "¿Qué me ha dicho mi señor? Quisiera poder responderle, pero no puedo; pesa sobre mí la mano de Dios. Me posee un temor como el que me impulsó a la fuga fatal. Aquí me tienes a tus plantas. Tuya es mi vida; que Tu Majestad obre a su arbitrio".

Se mandó desfilar a los hijos del rey, y Su Majestad le dijo a la reina: "Ahí está Sinué, que ha vuelto como un asiático, como un beduíno". La reina dió un grito y los hijos del rey comenzaron a chillar con algarabía, diciéndole a Su Majestad: "No, no es cierto, oh rey mi señor". Su Majestad dijo: "Es cierto". Habían traído sus collares, sus crótalos y sistros y se los ofrecieron a Su Majestad: "Pon tus manos sobre algo hermoso, rey, constante adorno de la Señora del cielo. Que la dorada Hathor ponga vida en tu nariz y la Señora de las estrellas te acompañe. La corona del Sur va corriendo río abajo y la corona del Norte, río arriba, y ambas están unidas en la boca de Tu Majestad. Llevas la serpiente (diadema real) en tu frente. Has salvado del mal a tus súbditos. ¡Que Re te sea propicio, oh señor de los dos países! Loor a ti, como a la Señora del universo. Saca tu cuerno clavado en la víctima y saca tu flecha; dale aliento al que no lo tiene y haznos un bello don de fiesta con ese jeque, hijo de la diosa del Norte, bárbaro nacido en Egipto. Si ha emprendido la fuga y abandonado el país, fué por temor a ti. Pero la faz que ha contemplado el rostro de Tu Majestad no palidece, y el ojo que te ha visto no teme ya".

LOS HIJOS DEL REY

Su Majestad dijo: "Que no tema ni se aterrorice. Será un amigo entre los consejeros y lo colocaré entre los cortesanos. Llevadlo a las reales habitaciones y mostradle el sitio que ha de ocupar".

Al salir de la cámara real me dieron la mano los hijos del rey y nos fuimos a las dos grandes puertas. Me instalaron en la casa de uno de los hijos del rey, llena de riquezas magníficas, con un baño, preciados tesoros, telas del guardarropa real, mirra y aceite fino del rey. En la casa había artesanos amados del príncipe y cada cual atendía a su trabajo. Me quitaron los años de mi cuerpo, me cortaron el pelo y me peinaron. Se abandonó al desierto una carga de suciedad y los vestidos del caminante. Me vestí con las finas telas y fuí perfumado con las mejores esencias. Dormí en un lecho y dejé la arena a los que en ella viven y el acite de árbol a los que se frotan con él.

La casa que me asignaron fué la que correspondía a mi dignidad. Trabajaban en ella muchos artesanos y toda la madera era nueva. Tres o cuatro veces me traían la comida del palacio, sin contar con lo que pródigamente me daban sin cesar los hijos del rey. Me levantaron una pirámide de piedra en el círculo de las pirámides funerarias. El arquitecto dirigía la construcción, el pintor la decoraba, modelaba el escultor y los mejores artesanos trabajaban en ella. Se me dió lo más escogido del mobiliario que se pone en las sepulturas. Me asignaron un sacerdote funerario, así como un jardín con su huerto, en la ciudad de los muertos, frente a la sepultura, como se hace con los más altos dignatarios. Mi estatua estaba cubierta de oro, y lo mismo su delantal. Su Majestad misma la encargó. A ningún hombre del común se le dispensaron tales favores, y así continué en la gracia del rey hasta el día de mi fallecimiento.

(1) Pueblo libio al oeste del Delta.

(2) Otro pueblo libio.

(3) Nombre oficial del rey difunto.

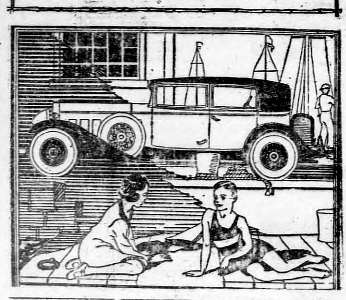
(4) Nombre oficial de rey Sesostris I.

(5) El Ka es la fuerza vital del hombre y también el alimento que la determina, y es, además, la personalidad que en el hombre siente y alienta.

(6) Frontera de Egipto.

ILUSTRO NIAHCER SEDITSIRA

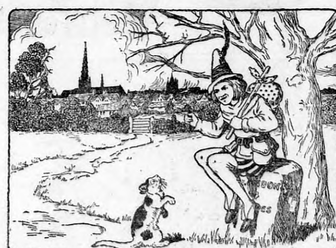
PUZZLE PARA NIÑOS



HAY SIETE ERRORES

DURANTE el verano algo semejante nos gustaría hacer a todos nosotros. En este grabado de la estación más simpática, nuestro dibujante ha cometido, voluntariamente, siete errores. ¿Puede encontrarlos en una amable búsqueda?

PUZZLE PARA NIÑOS



VEA LO QUE HAY OCULTO

DICK y su gato han recorrido ya muchos kilómetros para poder llegar a Londres y entrevistarse con el Lord Mayor y cuatro consejeros, pero con gran sorpresa para él, éstos han salido a su encuentro. ¿Puede descubrirlos ocultos en el dibujo mirando fijamente la serie de dibujos?

DON CUERITO

SEGAR

CHE, CUERITO, ¿NO SABES QUE HE AUMENTADO DOS KILOS?

¡TENGO OTRA IDEA. MAS! INVENTARE OTRA MAQUINA PARA ADELGAZAR.

MAS TARDE

BUENO, YA ESTÁ TERMINADA. AHORA VOY A COMPRAR PINTURA....

¡ESTA HA DE SER LA MAQUINA DE ADELGAZAR!

¡AHORA EMPUJO EL MANUBRIO DE ABAJO Y LISTO EL POLLO!

¡SOCORRO! ¡CARAY!

R-R- R-R-

¡SOCORRO HE CHODI!

R-R-R

!

¡ATORRANTE, QUINIELERO! ¿CON QUE ESTA ES UNA MAQUINA PARA ADELGAZAR?

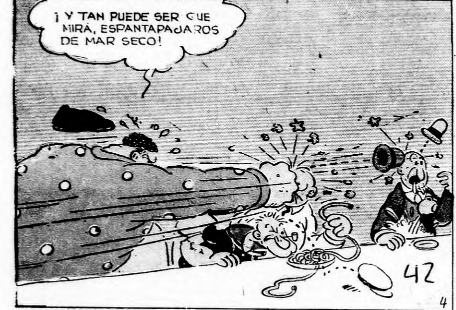
PLOP

¡PERO CHIQUITA PRECIOSA! ¿NO VES QUE TE HAS METIDO EN LA MAQUINA DE PELAR NUECES?

LOS LIOS DE DEDALITO Y SPAGUETTI

por SEGAR



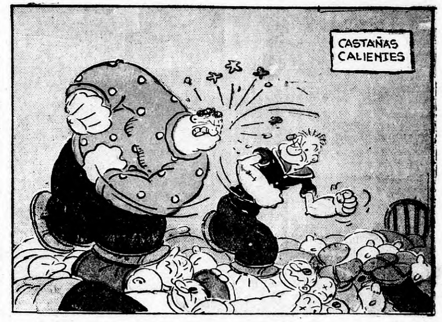


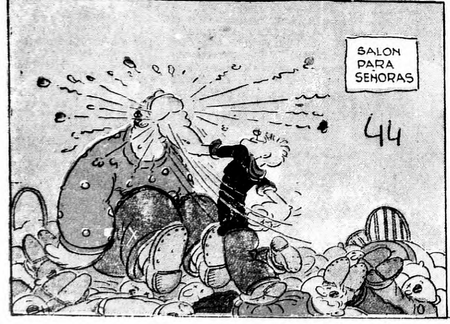


















HISTORIA DEL SULTA Y DE LA TORT

HACIA MUCHO TIEMPO que el Sultán Indyilai ejercía el poder, cuando un día, al ir a pasear por sus jardines, descubrió una bella tórtola en la rama de una higuera

UNA vez era un sultán que se llamaba el sultán Indyilai. Su mujer se llamaba Sapia, y sus dos hijos eran llamados Abeduledyumali y Abeduledyulaly. Hacía ya mucho tiempo que era sultán, cuando un día fué a pasear por sus jardines con sus servidores y portadores de buyo En tonces descubrió una tórtola en la rama de una higuera. Hizo que le trajeran su cerbatana y, cuando la servidumbre se la hubo traído, disparó a la tórtola y le alcanzó en un ala, de modo que cayó al suelo aleteando. Los siervos tuvieron que recogerla y traérsela, pues quería matarla. Entonces comenzó a decir la tórtola: —¡Oh, mi señor y soberano sultán Indyilai! ¿Por qué se te antoja matarme? ¿Qué quieres hacer conmigo?

El sultán Indyilai le respondió: —Tortolita, quiero comerte.

Y la tórtola: — Mi señor y soberano ¿de qué te servirá matarme y hacerme guisar? No alcanzaré para tí y para tus hijos. ¿Sabes si no sería mejor que me dejaras en libertad? Alcanzarías así un merecimiento y satisfarías la súplica de un ser que también ha sido creado por Alá.

El sultán Indyilai: —Tortolita, es mucho mejor que te mate y te coma con mis hijos.

La tórtola: —Mi señor y soberano sultán Indyilai, ponme en libertad. Pues seguramente tendrás una ganancia mucho mayor dejándome libre.

El sultán Indyilai: —¿Pues qué ganaré, tortolita?

La libertad

La tórtola: —Mi señor y soberano, déjame libre y entonces volaré a la rama más baja de la higuera y te diré una razón. Después volaré a la rama del medio y te diré una razón y, por último, a la rama más alta y volveré a decirte una razón. Tres razones quiero revelarte.

El sultán Indyilai: — ¿Dices la verdad, tortolita?

La tórtola: —Sí, señor.

El sultán Indyilai: —Pues entonces te dejo libre, tortolita.

El sultán Indyilai puso en libertad a la tórtola. Ella voló hacia la higuera y se posó en la rama más baja. El sultán dijo: — Habla, pues, tortolita.

La tórtola: —Señor, escucha lo que voy a decirte. Mi abuelo se lo dijo a mi padre, mi padre me lo dijo a mí y ahora te lo digo a tí. Comprenderás en seguida su utilidad y advertirás su verdad. Por lo tanto, te digo lo siguiente: si llega a tu noticia algún dicho, si oyes una historia o alguien enuncia ante ti una opinión, examínalo primero, y sólo creas aquello que contenga un sentido razonable.

En seguida voló la tórtola a la rama del medio de la higuera .

El sultán: —Sigue hablando, tortolita.

La tórtola: —Señor, escucha esto que te digo: no te lamentes jamás de lo que ya ha ocurrido; no te arrepientas jamás de lo que ya has hecho.

Entonces la tórtola voló a la rama más alta de la higuera.

El sultán: —Habla, tortolita, y cumple lo prometido.

La tórtola: —Pues escucha mis palabras, señor: eres realmente un mentecato. Si me hubieras mantenido bien agarrada, me hubieras matado y hubieras abierto mi buche, habrías encontrado en él tres rubíes, tan grande cada uno como un huevo de pato.



EN UN NAVIO repleto de riquezas arribó al país de Biladutasenipi — que tenía nuevo Señor — un comerciante. Hasta el negociante llegaron las noticias de la afabilidad y justicieras acciones del poderoso gran monarca

EL COMERCIANTE pensó que aun no había visto al rey. Este comerciante era el que había raptado a Sitti Sapia, la antigua sultana transformada en mujer del comerciante y que aun no le había presentado sus respetos. Por ello, hizo empaquetar toda suerte de regalos. Y con muchos objetos preciosos, se presentó ante su monarca y le dirigió palabras de acatamiento

Hacia el nido

Cuando la tórtola hubo acabado, voló hacia su nido. También el sultán se levantó al momento para perseguirla precipitadamente. Tres días y tres noches anduvo tras ella, pero no fué capaz de acercársele. De pronto la tórtola voló a un matorral de espinos. El sultán la siguió también hasta allí. El turbante, el jubón y las calzas del sultán se desgarraron y quedaron colgados de las espinas. Tampoco el cuerpo del sultán quedó sin daño, pues las espinas se le hincaron diligentemente en las carnes. Entonces exclamó la tórtola: —Señor sultán Indyilai: ahora se han manifestado plenamente tu tontería y tu escasez de luces; te pareces a un animal que no tiene razón. En primer lugar, me pusiste en libertad teniéndome entre tus manos, cosa que no alcanza la razón. Por lo tanto, soy más hábil que tú, y tú eres un hombre y yo un avecilla; tú eres un señor poderoso y yo una miserable ave. ¿Quieres aún otro testimonio de lo tonto que eres? Estaba yo ya en tu gaznate y, sin embargo, me hice libre y no has podido comerme. Además, tu escasez de luces resulta claramente de lo que sigue: ¿no te dije yo hace poco que no creyeras disparates? Y, sin embargo, has tomado en serio puros disparates, de donde resultó que hayas tenido que pasar hambre tres días y tres noches. Mi cuerpo es apenas tan grande como un huevo de pato; ¿cómo podría, por lo tanto, haber en mi buche tres piedras preciosas, cada una de las cuales fuera tan grande como un huevo de pato? Y, finalmente, tu tontería resulta aún clara de esto otro: ¿no te dije que no te arrepintieras jamás de un hecho que hubieras hecho? Y, sin embargo, te arrepentiste de un hecho. Así, tuvo que resultar que se destrozaran tus vestiduras y tu cuerpo fuera desgarrado. ¿Cómo podías, pues, pensar que ibas a cogerme? Yo ya sabía que querías matarme.

Tras esto, la tórtola voló a su nido. También el sultán Indyilai regresó a su palacio. Poco después comenzó a propalarse esta burla y llegó a ser conocida de todos. El consejo imperial, los principales de su séquito, lo desposeyeron además de sus dignidades. Hacía ya algún tiempo que estaba depuesto, cuando ocurrió que un día, un jueves, estaba sentado junto a su esposa Sitti Sapia. Pensaba entre sí: —El corazón humano es realmente insensible. Me han arrojado de mi trono, y , sin embargo, no sé por qué.

Quería las tórtolas

La tristeza y el enojo se apoderaron del sultán Indyilai y de su esposa; deliberaron entre sí y decidieron hacer todos los preparativos para abandonar el país. Cuando todo estuvo dispuesto para la partida, el sultán Indyilai y con él su esposa Sitti Sapia y sus dos hijos Abeduledyumali y Abeduledyulali, abandonaron el imperio.

Caminaron sin descanso, y llegaron por último, a la grande y ancha llanura Cahraulwasii, en medio de la cual se alzaba el árbol Asadyeratulemahiyato. En este árbol estaba el nido de la tórtola a que había disparado el sultán. Era mediodía y los viajeros se tendieron bajo el árbol para descansar a su sombra. Ocurrió entonces que el hijo más joven, Abeduledyulali, miró hacia arriba y decubrió el nido de la tórtola. Y le dijo a su padre: — Querido padre: bájame las tortolitas. Me gustaría jugar con ellas.

Dijo el padre — Niñito mío, ¿para qué me pides tórtolas? Cree que a causa de una tórtola hemos caído en desgracia.

Abeduledyulali persistió en su deseo; quería jugar con las tórtolas y se echó a llorar. Lloró todo el día, hasta que, por último, el padre subió al árbol, por lástima, para coger las tortolitas. La tórtola vieja estaba justamente ausente, buscando alimento para sus hijos. Por lo tanto, el padre cogió a los polluelos del nido y se los llevó a Abeduledyulali, que jugó alegremente con ellos. Cuando regresó la tórtola madre, encontró vacío el nido, y al mirar abajo vió que sus polluelos y el principito jugaban juntos. Estar así separada de sus hijuelos produjole a la tórtola indecible dolor, y suplicó a Alá, misericordioso: — ¡Oh, Señor: imploro tu protección, atiende mis súplicas y mis demandas de auxilio: separa a unos de otros a los hijos, al padre y a la madre, como ellos me han separado de mis hijuelos!

Alá, el misericordioso, atendió la súplica de la tórtola y sus clamores de auxilio. Iba a ponerse el sol. Entonces el sultán Indyilai le dijo a su hijo: — Niñito mío querido: si has jugado bastante, quiero volver a llevar las tortolitas a su nido.

Las volvió a subir al árbol, y cuando el sol se puso, siguieron adelante. Al comenzar la noche llegaron al borde de un bosque, y poco después a un río llamado Annahrulamiku, que era tan ancho que no se podía ver a un hombre que estuviera a la otra orilla. Querían pasar al otro lado, pero no encontraban lancha que poder utilizar. Sólo después de buscar mucho descubrieron una pequeña barquilla, en la que, todo lo más, podían caber tres personas.

El sultán le dijo su esposa: — Primero te pasaré a ti, después volveré por los niños.

Llega un pescador

Sitti Sapia respondió: — Como tú quieras.

El sultán puso a los dos niños en la arena, y después fué a la barca con su esposa.

Se encontraban en el medio de la corriente, cuando casualmente pasó un pescador, bordeando con su barca la orilla del río, y descubrió a los dos niños. Desembarcó, cogió a Abeduledyumali y Abeduledyulali, los metió en la barca y los llevó consigo a casa.

Mientras tanto, el sultán había atravesado remando la corriente. Sacó a su esposa del bote y le dijo: — Quédate aquí, yo voy ahora por los niños.

Pero al querer recogerlos, no los encontró, por más que buscó cuanto pudo. Mientras tanto navegaba, por casualidad, por la otra orilla un comerciante que divisó a Sitti Sapia, que estaba sentada sobre la arena. Hizo que atracara el barco, apoderóse de la mujer, llevóla a su embarcación y siguió con ella adelante.

El sultán buscaba y buscaba y no encontraba a los príncipes; entonces comenzó a llorar. Se trasladó rápidamente junto a su esposa; pero cuando llegó al otro lado, tampoco la encontró. El comerciante la habìa raptado. Entonces el sultán Indyilai lloró; vagaba por todas partes y se quejaba amargamente. No comía, no bebía ni dormía. Y así anduvo por aquellos contornos durante largo tiempo; su corazón quería estallar de pura angustia y pena, y le era indiferente si era día o noche.

La historia pasa ahora a tratar de otra cosa.

Había allí un imperio que se llamaba Biladutasenipi, cuyo sultán había muerto. Pero no era permitido que fuera enterrado hasta que tuviera sucesor; y éste sólo podía ser hecho sultán cuando el elefante imperial lo hubiera buscado. Sólo al que fuera traído por el elefante le era dado llegar a ser sultán. De este modo, todo el pueblo, el Consejo imperial, los dignatarios, se apesadumbraban, porque su sultán difunto permanecía tanto tiempo sin ser enterrado. Y, por último, se reunieron el Consejo de imperio y los más altos dignatarios, y adoptaron la siguiente resolución: Soltaremos al elefante imperial, y él debe buscar a alguien a quien podamos hacer sultán. Por lo tanto, el elefante imperial fué puesto en libertad; corrió por el bosque, y allí, en medio de la espesura, encontró al sultán Indyilai. Cuando éste se encontró frente al elefante, apoderóse de él espanto y terror; en su miedo, corría de un lado a otro, y, por último, se encaramó a un árbol para esconderse; pero el elefante iba siempre pisándole los talones.

DISPARO contra la tórtola y la alcanzó y cayó al suelo herida de gravedad

Baja del árbol

Por último, dijo el elefante: — Vamos, sultán Indyilai, ven junto a mí. No intentes esquivarme, o no dejes de atreverte a bajar del árbol y montar en mis lomos, pues si no, te como.

El sultán: — ¿Por qué debo ir junto a ti y montarme en tus lomos? ¿De verdad quieres comerme?

El elefante: — Quiero llevarte al país de Biladutasenipi. Todo el pueblo, el sultán, y sólo pueden tener uno nuevo cuando yo les lleve el sucesor.

Entonces el sultán bajó del árbol e instalóse en los lomos del elefante. Este corrió rápidamente con él hasta el país de Biladutasenipi. Allí se ha muerte el Consejo imperial y los más altos dignatarios, salieron a la frontera para saludarlo; después lo llevaron por el país en un trono, de manera solemne, y fué proclamado sultán del imperio de Biladutasenipi. El sultán muerto fué llevado a la tumba.

Llevaba ya algún tiempo el sultán ejerciendo la soberanía y sus súbditos se acongojaban mucho, en lo profundo su corazón, por no poder comprender por qué su sultán no tenía esposa. Y, sin embargo, desde que gobernaba el sultán Indyilai, encontraban general aplauso sus actos de gobierno, tanto los primeros como los últimos; pues era hombre que había aprendido a gobernar. Desde que el nuevo sultán estaba en el país, todo florecía en el imperio; había grandes cosechas de arroz y de todos los otros frutos que producía la tierra. Había abundancia de todas las cosas y por eso venían muchos viajeros, mercaderes y comerciantes; tenían de todo, no necesitaban ir a buscar cosa alguna, pues de todo estaban ricamente provistos. El sultán era justo y benigno con los consejeros del imperio, con los dignatarios y la gente común. Nadie había visto jamás tanta vida y movimiento en Biladutasenipi como durante el tiempo del gobierno de este sultán, pues las gentes acudían en masa cuando oían hablar de su justicia y bondades.

La historia pasa ahora a tratar de otra cosa.

Cuando la tórtola volvió a encontrar a sus hijitos en el nido alegróse sobremanera y rogó a Alá el justo: — ¡Oh, señor! Escuchad mi ruego y cumple mi deseo. Solicito tu perdón, ¡oh Todopoderoso! ¡Perdóname y auxíliame! Perdo-





EL SULTAN INDYILAI — La bell

...TAN INDYLAI ...RTOLA

...a al sultán Indyilai, a sus hijos, al es... a la esposa. Oh tú, Altísimo! Vuelve a reunirlos, júntalos como antes, ...ndo aún no me habían hecho nada ...o.

Alá, el sacratísimo, acogió la plegaria de la tórtola y le concedió el suplicado perdón.

La historia pasa ahora tratar de otra cosa.

También el pescador que había robado a Abeduledyumali y Abeduedyulali, tuvo noticias del nuevo sultán, de su justicia y de su amabilidad. Deliberó con su mujer y llegaron a la siguiente decisión: — Nuestros hijos se han hecho ya mayores y debemos llevarlos al nuevo sultán como signo de nuestra sumisión. Junto a él, serán enseñados en los más tradicionales usos y costumbres, y ...enderán buena conducta. ...ues, a mi modo de ver, distan mucho de ser de humilde ascendencia; sus modales son muy distintos de los nuestros y se parecen a los de un hijo del rey.

Mas el lugar donde vivía el pescador estaba en el imperio del sultán de Biladutasenipi. Y de este modo, el pescador, su mujer, Abeduledyumali y Abeduledyulali hicieron todos los preparativos para el viaje. Cuando los hubieron terminado, se pusieron en camino.

Subieron al palacio del sultán. Aquí el pescador se postró ante el soberano. El sultán de Biladutasenipi le dijo: — Pescador, ¿qué deseas de mí? Es la primera vez que te veo.

El pescador se inclinó profundamente y respondió: — Señor, vuestro más humilde servidor os saluda y os ofrece sus respetos. Quería exponeros un asunto importante.

Habla, te escucho

El sultán: — Habla, te escucho.

El pescador y su mujer: — Os traemos nuestros hijos y os rogamos que los aceptéis como servidores y los conservéis a vuestro lado. Hacedlos instruir fundamentalmente en los tradicionales usos y costumbres y enseñadles a tener buena conducta.

El sultán: — Acepto vuestro ofrecimiento y os doy gracias sinceramente.

De este modo, el sultán recibió junto a sí a los hijos del pescador y éste se volvió con su mujer. El sultán se com...acía mucho con ellos y nombró a Abeduledyumali y Abeduledyulali sus por...dores de buyo. Cuando comenzaron a ...empeñar este cargo, el sultán les to... aún más cariño.

...a historia pasa ahora a tratar de otra ...a.

...ambién el comerciante que había ...tado a Sitti Sapia tuvo noticias del ...evo sultán del país de Biladutasenipi, ... su justicia, afabilidad y liberalidad. ...bló con su tripulación y le dijo:

—Preparemos todo para ir a Biladu...senipi para ejercer allí nuestro comercio, pues allí deben poderse hacer buenos negocios, porque el sultán es justo, afable y dadivoso, tanto con sus súbditos como con los forasteros, y en especial, con los mercaderes.

De este modo fueron hechos todos los preparativos e hicieron vela hacia Biladutasenipi.

Después de haber empleado en el camino algún tiempo, llegaron allá y anclaron la nave. El comerciante comenzó a vender sus mercancías. Y al cabo de tres meses tenía ya casi todo vendido. Entonces compró todo y cuanto se le antojaba, pues desde que reinaba el nuevo sultán podía obtenerse todo lo que se quisiera en la variedad más abundante. Cuando tuvo terminada las compras y despachados todos sus otros asuntos, quiso partir el comerciante. Dijo: —Hemos terminado nuestros negocios. Nos marcharemos mañana.

Entonces se le ocurrió que aún no había visto al sultán y que aún no le había presentado sus respetos. Por eso hizo empaquetar toda suerte de regalos. Muchas clases de preciosos objetos que quería entregar al sultán como señal de acatamiento. Tras ello se dirigió a palacio, postróse ante el sultán y tendióle sus presentes. El sultán se alegró mucho. Díjole: — Dime, comerciante, ¿por qué no viniste hasta ahora? ¿Por qué permaneciste tanto tiempo sin dignarte venir aquí?

El mercader respondió: — Soberano y señor, a nosotros, los mercaderes, ocúrrenos de este modo. Pasamos muy duros trabajos con cobrar y prestar dinero; aquí tenemos que hacer un pago, allí no piensan en lo que nos deben.

El sultán: — Tienes razón, comerciante.

El sultán y el mercader todavía conversaron juntos un rato; después dijo el último: — Aún tengo que decir una cosa a Vuestra Magnificencia, y es que, si Alá el todopoderoso lo quiere, partiremos en viaje de regreso mañana.

Quería partir

El sultán: — ¿Por qué tienes tanta prisa, comerciante?

El mercader: — Tengo prisa para proveerme de nuevas mercaderías que encuentran aquí buena salida. En breve tiempo he visto consumidos todos mis artículos.

El sultán: — Ya que quieres partir mañana, mercader, quédate conmigo para ser mi huésped esta noche.

El mercader: — Será otra vez, poderoso señor; volveré de nuevo a visitaros.

El sultán: — Y, sin embargo, te ruego que te quedes conmigo esta noche. ¿Quién sabe si alguno de nosotros, tú o yo, no tendremos que abandonar la vida mañana o pasado?

El mercader: — Poderosísimo sultán, realmente esta vez tengo que despedirme de vos, pues con la mayor voluntad no puedo ser vuestro huésped. Traigo a mi mujer conmigo y a bordo no hay nadie a quien pueda confiarla. En el barco sólo hay gente extraña, a mis servidores no los tengo conmigo y, por lo tanto, no tengo a quien pueda encomendar su protección.

El sultán: — Mercader, no te preocupes si sólo se trata de la protección de tu mujer. Deja eso a mi cuidado; la acompañarán para guardarla mis dos portadores de buyo. Si yo los envío es exactamente como si fuera yo mismo. En nombre de Alá el misericordioso, puedes confiar en mí, pescador.

El mercader: — Por lo tanto, me acomodo a vuestros deseos.

Y el comerciante se quedó en el palacio porque el sultán se mostraba tan amable con él.

El sultán dijo: — Llamad a mis portadores de buyo.

Los portadores de buyo, los hijos del pescador, los dos hermanos, fueron llamados y se postraron ante el sultán. El sultán dijo: — Portadores de buyo: os ordeno que vayáis a bordo del navío de este mercader. Confío en vosotros y por eso os encargo que guardéis a su mujer. Pero os digo una cosa: no os quedéis dormidos, veladla siempre. Abeduledyumali, alterna con tu hermano en esta guardia.

Los hijos del pescador: — Señor, cumpliremos tu mandato.

El Sultán: —Portadores de buyo: os digo aún otra cosa. No me dejéis quedar mal; no hagáis nada que pueda ofender al mercader, si no, os hago matar.

Púsose el sol, los portadores de buyo se trasladaron a bordo del navía mercante. Abeduledyumali hizo la guardia toda la noche. Cuando comenzaba a clarear la mañana, se caía de sueño. Despertó a su hermano y le dijo: — Hermano, levántate y substitúyeme; estoy muy cansado; después puedes volver a dormir.

Abeduledyulali: — Déjame en paz. No puedo; para mí no hay nada como el dormir.

Y como su hermano volviera a sacudirlo a pesar de esto, el único resultado fué que Abeduledyulali se enfadara mucho. No fué posible hacerlo levantar.

De sangre noble

De nuevo le rogó Abeduledyumali: — Hermano, no hagas eso, no te portes como un villano, pues no lo eres; tu padre y tu madre tampoco lo eran; al contrario, procedes de sangre noble. Pero tu desgracia te persigue. Ya entonces no querías hacer caso de las amonestaciones de nuestro padre y por eso nos ha alcanzado esta desgracia. — Y Abeduledyumali siguió diciendo: — Hermano, piensa sólo en cuál fué el motivo de que tuviéramos este destino. Cuando nos habíamos detenido bajo el árbol y descansábamos a su sombra, lloraste tú porque querías tener a las tortolitas y jugar con ellas.

El padre dijo: ¿Por qué quieres jugar con ellas? La tórtola madre te maldecirá, niño. Pero tú no ponías fin a tu llanto y, por último, el padre te bajó las tortolitas. Y la tórtola madre imploró a Alá, el misericordioso, y él oyó su ruego; por eso caímos en desgracia. A nuestra madre la raptó un comerciante, nosotros fuimos robados por un pescador y no sabemos qué fué del padre ni dónde habrá ido a parar. Acaso le devorara un cocodrilo, acaso alguien lo haya asesinado, acaso haya perecido de hambre.

Sitti Sapia había oído todo lo que había dicho Abeduledyumali. Lloraba, gritaba, suspiraba y exclamaba incesantemente: — ¡Mis hijos! ¡Son mis hijos!

Salió corriendo de la cámara y abrazó a Abeduledyumali y a Abeduledyulali. Entonces lloraron todos juntos, la madre con los hijos. Los tripulantes del navío se despertaron con el ruido y se llenaron de espanto al oír llorar a la mujer del mercader. Era el amanecer.

Se levantaron, alborotaron y gritaron: ¡Socorro! Los portadores de buyo atentan contra la mujer del mercader, quieren deshonrarla; ella se resiste y llora y grita.

También los habitantes de la aldea percibieron el ruido, de modo que el sultán se despertó sobresaltado. Preguntó: — ¿Qué estruendo es ese en el navío del mercader?

Le dijeron: — Se dice que los portadores de buyo han atentado contra la mujer del mercader y quieren deshonrarla; ella se resiste y grita y llora.

Entonces el sultán no sabía lo que debía hacer, pues se avergonzaba ante el mercader; mas exclamó de repente: — Corred todos al navío, apoderaos de esos bribones y encadenadlos.

Entonces corrieron todos allí y se apoderaron de Abeduledyulali y Abeduledyumali.

Fueron cargados de cadenas. Los primeros dignatarios se dirigieron al sultán y le anunciaron: — Señor, están cargados de cadenas.

El sultán dijo: — Llamad a mi mensajero Maemuru.

☆ ★ ☆

ENTONCES el Sultán bajó del árbol e instalóse en los lomos del elefante. Este corrió rápidamente con él hasta el país de Biladutasenipi

☆ ★ ☆

El mensajero

Apareció al momento.

El sultán: — Mensajero, oye mi mandato. Lleva a los portadores de buyo a los verdugos y diles que tienen que ajusticiarlos, pues me han deshonrado ante mi amigo el comerciante.

—Señor, vuestra orden será cumplida.

Y Maemuru llevó a los portadores de buyo a los verdugos.

La historia pasa ahora a tratar de otra cosa.

El sultán de Biladutasenipi tenía tres verdugos, que se llamaban Muhalike, Mukatile y Mutaine. Cada uno vivía en una aldea distinta.

El mensajero buscó primero el verdugo que era llamado Muhalike. Cuando llegó a la aldea se dirigió rectamente a casa de Muhalike y lo encontró allí. Muhalike dijo: — ¿Qué deseas y para qué me traes amarrados con cadenas a los portadores de buyo del sultán?

El mensajero: — El sultán me ha ordenado que viniera junto a vos, pues desea que estos dos sean muertos. Han causado la deshonra del sultán y por eso os ordena que lo ajusticiéis.

Muhalike: — ¿En qué han delinquido?

El mensajero: —El sultán tiene un amigo, un comerciante: éstos han ido a su mujer y querían atropellarla.

Muhalike: — ¿Se han hecho averiguaciones sobre el caso? ¿Se les ha oído? ¿Se ha comprobado todo desde el principio al fin?

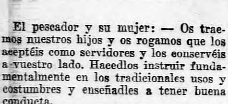
El mensajero: — No fué hecha ninguna averiguación; tompoco han sido oídos.

Muhalike: — Mensajero, pues entonces no quiero ajusticiarlos. De un lado porque temo a Alá el justiciero, y de otro, porque sé que son los favoritos del sultán. Puede llegar un día en que el sultán se arrepienta de no haber hecho ninguna averiguación y de no haberlos oído. Te contaré una historia.

Era un gran sultán

La historia pasa ahora a tratar de otra cosa.

(Continuación y final en el próximo número)



— La bella Sultana Sitti Sapia — Los dos hijos del Sultán — El Pescador — El Comerciante



SOLO DESPUES de buscar mucho, el poderoso señor pudo hallar una pequeña embarcación, con la cual transportó a la orilla opuesta a su mujer y los hijos













MARUCA FARREA A LOS AMIGOS

por T. Knight

























HABIA en el país de Boso un Boso que tenía tres hijos. El Boso era un tungutu (un mago).

Los hijos fueron haciéndose grandes. Un día su padre les dijo: "Cuando yo me muera, no dividáis mi patrimonio, mantenedlo unido. Pues entre los que han de repartir hay un bastardo y aunque no os digo quién es, basta el hecho para que toméis esa precaución. Repito que aunque sólo sea por esa razón no debéis dividir mi patrimonio cuando yo muera, sino conservarlo en común".

El viejo Boso era un hombre de gran prestigio. Al ponerse enfermo, las gentes del pueblo decían: "Cuando el viejo se muera, ya no tendremos un tungutu tan notable; los hijos no llegan a su padre".

Murió el padre. Tan pronto como sucedió esto, los hijos empezaron a mirarse con cautela unos a otros y decían. "¿No será éste el bastardo? Seguramente es un bastardo". (En Boso, bastardo es chomodiong). Cada uno de los hijos quería poder mirar por encima del hombro a los demás. Durante algún tiempo, los hijos vivieron en paz, pero mirándose torvamente unos a otros.

Un día estalló la pelea. Cada uno le echaba en cara al otro: "Tú tienes la culpa de que los demás no podamos coger la parte que nos corresponde en la herencia de nuestro padre. Pues tú eres un chomodiong". Y el otro respondía: "Mientes, el chomodiong eres tú. Todos los bastardos mienten y atacan la fama de los hombres honrados. Y porque nuestro padre temía tus engaños, es por lo que no podemos repartir nuestro patrimonio y por eso los demás nos vemos obligados a vivir con un bastardo". Cada uno de los tres hermanos les decía a los otros cosas injuriosas. Las disputas se enconaban de día en día. Las gentes del pueblo comentaban: "El viejo Boso era un tungutu excelente, pero sus hijos no sirven para nada. Se pasan el día disputando".



BUSCAN EL JUEZ

Finalmente, un día dijo el mayor: "Vamos a acabar estas disputas. Vamos en busca del juez, de un Alkali. Que el Alkali decida". El segundo dijo: "Estoy de acuerdo". El tercero dijo: "También yo creo que es lo mejor". Se prepararon los tres hermanos para el camino y emprendieron el viaje.

Pero los tres hermanos estaban tan encolerizados, que ninguno podía ir con los demás. Así que iban por el camino, pero alejados unos de otros un buen trecho. El mayor iba delante, después venía el segundo y luego el tercero.

Cuando el mayor llevaba andado un buen pedazo, encontró a un viejo. El viejo le preguntó: "He perdido mi camello. ¿Has visto pasar algún camello?" El mayor dijo: "Sin duda que ha pasado un camello". El viejo preguntó: "Tenía alguna seña particular?" El mayor dijo: "Sí; era tuerto del ojo izquierdo".

El viejo siguió andando en busca de su camello. Encontró al segundo hermano, lo paró y dijo: "He perdido mi camello. ¿No has visto pasar algún camello?" El hermano segundo dijo: "Sin duda que ha pasado un camello". El viejo dijo: "Tenía alguna seña particular?". El segundo hermano contestó: "Sí; tenía una herida en la espalda".

El viejo siguió andando en busca de su camello. Encontró al tercer hermano, lo paró y dijo: "He perdido mi camello. ¿No has visto pasar algún camello?" El hermano tercero dijo: "Sin duda ha pasado un camello". El viejo preguntó: "No tenía ninguna seña particular?" El hermano tercero dijo: "Sí, estaba preñado".

OS DENUNCIARE

El viejo dijo al tercer hermano: "El camello que vosotros tres me habéis descripto es mi camello. El primero me dijo que era tuerto en el ojo izquierdo; el segundo, que tenía una herida en la espalda y tú me dices que estaba preñado. Conocéis mi camello y en todo el camino no se ven trazas de él. Por consiguiente, vosotros tres habéis robado mi camello, os denunciaré al Alkali". El hermano más joven dijo: "No tengo nada en contra; ve a ver al Alkali. Nos viene muy a pelo, pues también nosotros nos encaminamos en busca suya".

El viejo dió la vuelta y se fué con los tres hermanos a ver al Alkali. Llegó el hermano mayor. El viejo le explicó el asunto al Alkali diciendo: "Me han robado mi camello. Yo he venido del otro lado, de modo que por este lado nadie lo ha visto. Esta mañana había desaparecido. Me fuí por el otro lado y encontré a estos tres que iban separados uno de otro. El primero dijo que había visto un camello tuerto del ojo izquierdo. Le pregunté después al segundo si había visto mi camello y me dijo que había visto un camello con una herida en la espalda. Le pregunté luego al tercero si había visto un camello y me dijo que había visto un camello que estaba preñado. Mi camello era, en efecto, tuerto del ojo izquierdo, tenía una herida en la espalda y estaba preñado. Los tres hombres han visto mi camello, pero aseguran que no saben dónde está; por consiguiente, han tenido que robármelo".

El Alkali preguntó al mayor: "¿De modo que tú has visto al camello?" El mayor dijo: "No, yo no he visto al camello. Sólo he dicho al viejo que había pasado un camello". El Alkali dijo: "¿Y en qué has conocido que el camello que había pasado era tuerto del ojo izquierdo?" El mayor respondió: "Lo he conocido en que la hierba sólo estaba comida del lado derecho. De aquí deduje que tenía que ser tuerto del ojo izquierdo.

HOJAS CAIDAS

El Alkali preguntó al hermano segundo: "¿Pero tú sí habrás visto al camello?" El hermano segundo dijo: "No, yo no he visto al camello. Sólo le he dicho al viejo que había pasado un camello". El Alkali dijo: "¿Y en qué has conocido que el camello que había pasado tenía una herida en la espalda?" El hermano segundo contestó: "Lo he conocido en que en el camino había algunas hojas caídas sucias de sangre. De aquí deduje que el camello tenía que llevar una herida en la espalda. Todos los camellos, cuando están heridos, tienen la costumbre de arrojarse hojas a la espalda para espantar a las moscas".

El Alkali preguntó al menor: ¿Has visto tú, al menos, al camello?" El hermano menor respondió: "No, yo no he visto el camello y tampoco le había dicho al viejo que le había visto. Sólo le dije que había pasado un camello". El Alkali preguntó: "Pero en qué has conocido que el camello estaba preñado?" El hermano menor respondió: "Cuando un camello está preñado deja un rastro ancho en la hierba. Ese rastro ancho lo he observado en el camino por donde había pasado el camello y de ahí deduje que el camello tenía que estar preñado".

Entonces, el Alkali le dijo al viejo: "Deja a esos tres jóvenes, pues no puedo hallar culpa en ellos. Tú, en cambio, debes estarles agradecido. Te han indicado por qué señales puede reconocerse el camino que ha seguido. Sigue esas señales y, si Alá quiere, encontrarás tu camello".

El Alkali les dijo a los tres jóvenes: "Quedaos en casa como huéspedes míos. Comed y bebed y cuando hayais descansado y refrescado, venid a verme y escucharé vuestra pretensión". Les señaló a los tres hermanos en su casa una habitación y encargó que les preparasen de comer y de beber. Mandó que les dispusiesen una fuente de arroz y le dijo a un esclavo: "Llévales esta fuente de arroz a los tres jóvenes y luego siéntate a la puerta. Escucha lo que dicen, fíjalo en tu memoria y después ven a repetírmelo. Fíjate en cada palabra". El esclavo cogió la fuente de arroz y se la llevó a los tres jóvenes, diciéndoles: "El Alkali os envía esta fuente de arroz". El mayor de los tres hermanos tomó la fuente y dijo: "Dale las gracias". El esclavo se sentó junto a la puerta, en el suelo.

EL ARROZ SUCIO

El mayor levantó la tapa de la fuente, miró el arroz y dijo, sin probarlo: "Está en su punto, pero el arroz está sucio". El segundo miró a la fuente y dijo sin probarlo antes: "El arroz está bueno, pero la carne que tiene es carne de perro". El menor miró a la fuente y dijo, sin probarla antes: "Está bien condimentado, el arroz es bueno... pero el Alkali es un bastardo". Cuando el menor dijo esto, el esclavo abandonó su puesto y se fué a donde estaba el Alkali.

Y LOS TRES HERMANOS fueron en busca de un juez, de un Alkali. Como iban muy encolerizados entre sí, no caminaban juntos

Ilustraciones de Niahcer Seditsira

El Alkali dijo: "Has oído todo lo que dijeron los muchachos?" El esclavo dijo: "Sí". El Alkali preguntó: "Lo recuerdas todo?" El esclavo dijo: "Lo he oído y todo lo recuerdo". El Alkali dijo: "Repítemelo, pues". El esclavo dijo: "Temo repetirlo". El Alkali dijo: "Tengo que saberlo; dímelo". El esclavo dijo: "Entré la fuente de arroz. El mayor alzó la tapa, miró y dijo sin haberlo probado: "Está en su punto, pero el arroz está sucio". El segundo miró la fuente y dijo sin haberlo probado antes: "El arroz está bueno, pero la carne que tiene es carne de perro". El menor miró la fuente y dijo sin haberlo probado antes: "Está en su punto; el arroz es bueno... pero el Alkali es un bastardo". Al oír esto, me levanté y me fuí".

El Alkali le dijo al esclavo: "Llámame a la esclava que ha hecho el arroz". El esclavo llamó a la esclava. Vino la esclava y el Alkali le dijo: "Te encargué que hicieses una fuente de arroz. ¿Cómo es que puede decirse que el arroz estaba sucio?" La esclava empezó a llorar y dijo: "Es verdad: antes de preparar el arroz estuve con mi amigo y con la prisa me olvidé de lavarme". El Alkali dijo: "Está bien. Puede irte". Y la esclava se fué.

El Alkali dijo al esclavo: "Llama al matarife que ha matado el carnero". El esclavo llamó al matarife. Vino el matarife y el Alkali le dijo: "Te di el encargo de matar un carnero para darles a esos jóvenes una buena comida. ¿Cómo es posible que digan que la carne del arroz es carne de perro?" El matarife se quedó pensando y dijo: "La esclava vino antes y me compró un corderito. El cordero había nacido de una oveja, pero tengo que confesar que no vi que un carnero cubriese a la oveja; en cambio, sí vi en el patio a un perro que jugaba muchas veces con la oveja. Pudiera ser que quien hubiera cubierto a la oveja haya sido el perro y no el carnero". El Alkali dijo: "Está bien. Vete". El matarife se fué.

SON MUY SABIOS

Después de esto, el Alkali se fué en busca de su madre y dijo: "Madre mía; han venido hoy a verme tres jóvenes que son hijos de un hombre muy inteligente. Los tres jóvenes saben de todo y me han demostrado ser tan sabios como su padre. He examinado lo que han dicho y no se equivocaban. Los tres jóvenes han dicho también que yo era un bastardo. Dime, madre, lo que hay de verdad en ello, pues quiero ser justo". Al oír esto la madre de Alkali, se echó a llorar la buena vieja. No decía nada, sino que lloraba. El Alkali dijo: "Dime, madre, lo que haya en ello. No me enfadaré. Pero yo soy Alkali y tengo que saber la verdad". La vieja lloraba. Lloraba y guardaba silencio. El Alkali dijo: "¡Habla! Necesito saberlo".

La vieja madre de Alkali dijo: "Es cierto; los tres jóvenes han dicho la verdad. En una ocasión tu padre fué a la guerra. Estuvo siete años por allá. Yo le había sido fiel, pero un día me encontré muy excitada. Tu padre llevaba ya tanto tiempo fuera, que no creía que volviese. Me figuraba que había caído hacía tiempo en la guerra. Yo era todavía joven y no podía dominar mi excitación. Había un viejo esclavo, nada más que este viejo esclavo, en el pueblo, y este esclavo me poseyó. A los pocos días volvió tu padre de la guerra. Hace de esto sesenta y cinco años, y no lo sabe ningún ser viviente más que yo". El Alkali se fué.

GRAN TUNGUTU

El Alkali llamó a los tres jóvenes y les dijo: "Espero que hayáis descansado bastante. Explicadme ahora el asunto que os trae aquí". El mayor de los tres hermanos dijo: "Nuestro padre fué un gran tungutu. Algún tiempo antes de su muerte nos llamó a los tres hermanos, sus hijos, y nos dijo: "Cuando yo me muera, no repartáis mi patrimonio, entre los que han de repartir hay un bastardo, y aunque yo no diga quién es, basta el hecho para tomar esa precaución. Repito, pues, que aunque sólo sea por esa razón no debéis dividir después de mi muerte el patrimonio, sino conservarlo en común". Murió luego mi padre, y desde entonces sólo hay entre nosotros desconfianza y desacuerdo. Dinos cómo podemos salir de esta guerra constante y qué hay de verdad en lo del bastardo". Los otros dos hermanos dijeron: "En efecto, así es".

El Alkali dijo: "Disputáis acaso del bastardo. Pues bien; podéis volver a casa tranquilos sobre ese punto, pues no hay ningún bastardo entre vosotros. Vuestro padre ha dicho que entre los que repartiesen habría un bastardo. Vuestro inteligente padre veía perfectamente de antemano que yo intervendría para arreglar este asunto, y yo soy, en efecto, un bastardo. Luego ha dicho que aunque sólo fuese por esa razón no debíais partir, sino conservaros unidos. Tenía otra razón para ello. Deseaba que con la inteligencia que habéis heredado no trabajáseis separados y enemigos, sino en comunidad. De todo lo que he oído y sabido de vosotros, deduzco que debéis vivir juntos. Hasta ahora tenéis antipatías por haber disputado unos con otros. Manteneos unidos en adelante y seréis queridos y alcanzaréis poder y prestigio. Para ir a una, tomad un poco de este medicamento y pasáoslo por la cara. Con esto todo irá bien".

Los tres hermanos cogieron el medicamento, lo comieron y se lo pasaron por la cara. Desde entonces se conservaron unidos y vivieron felices.

Este era el medicamento del bastardo que se conoce aun hoy y se aplica frecuentemente.

LEON FROBENIUS

EL VIEJO SIGUIO ANDANDO en el desierto en busca de su camello. Encontró al tercer hermano, lo paró y le dijo: "He perdido mi camello. ¿No has visto pasar algún camello?" El hermano tercero le dijo: "Sin duda ha pasado un camello por aquí".



NINGUNO DE LOS TRES HERMANOS había robado el camello, pero en cambio dieron datos ciertos al dueño para que lo hallara.

Nuevo Engaño del Genio de las Montañas

Un día al genio de las montañas se le antojó ir a la ciudad vecina, pero no sabía qué iba a hacer allí.

Por fin pensó que sería un buen negocio llevar a la ciudad raíces y hierbas para venderlas por remolacha, zanahoria y repollo, diciendo que las traía del campo.

Rübezahl juntó una considerable cantidad de raíces y hierbas; ahora le faltaba algún vehículo para transportarlas al pueblo. Entonces el genio se dirigió a la aldea inmediata, donde consiguió un chivo. A éste le cargó en la espalda una canasta llena de mercancía y, asiéndolo por los cuartos traseros, se dirigió a la ciudad. Por el camino encontraron a un oso. Para hacer mover con más velocidad al chivo, Rübezhal ató a los cuernos de aquél al oso que corría adelante, tirando del vehículo improvisado.



De esta manera llegaron hasta los portones de la ciudad. No bien hubo entrado allí, el genio de las montañas se puso a pregonar su mercancía. Los transeúntes se detenían para preguntar al forastero qué era lo que vendía, pues no le entendían bien, por ser muy ronca su voz. En eso el chivo se puso a proferir balidos lastimeros, sacando la lengua: estaba sumamente cansado por el viaje.

Eso no obstante, Rübezahl se dirigió al mercado, donde volvió a ofrecer su mercancía a voz en cuello. La gente, atraída por sus gritos, acudió a montones para ver lo qué vendía. Puesto que poseía el don de alabar sus artículos, el recién llegado no tardó en venderlos. Entonces quiso deshacerse también del chivo, pero nadie quería comprarlo.

—Es viejo y no sirve para nada — decían los ciudadanos.

—Están ustedes en un error — replicóles Rübezahl —. Ya verán para qué puede servir.

Con estas palabras montó al chivo, alejándose con aire gallardo, como si fuera jinete en un fogoso rocín. De esta manera se dirigió a los portones, precedido por el oso.

Todo el mundo observaba a la cabalgata, sin poder salir del asombro.

Los que habían comprado las hortalizas del desconocido volvieron a sus respectivas casas, dispuestos a preparar la comida.

¡Cuál no sería su decepción al ver que, en vez de legumbres comestibles, traían en sus canastas raíces y hierbas de aspecto sospechoso, que tuvieron que tirar!


La vida vale un tesoro
y cuidarla es gran virtud
si aprecia usted su salud
beba siempre vino TORO
Vino Toro
Reserva Tinto
Beba Siempre
VINO "TORO"
Blanco o Tinto
—Que es lo mejor que produce Mendoza — y Participe en el
Primer Gran Concurso
con mas de
$ 100.000
en Valiosos Premios
PROPALAM
PUBLICIDAD